

El psicoanálisis frente al totalitarismo

*Adrian Liberman*¹

Resumen

En el presente trabajo se discuten desde una perspectiva psicoanalítica dos aspectos indisolubles de un fenómeno político-social: el autoritarismo y el totalitarismo.

Introducción

Jacques Lacan (1958) decía que existen dos caminos para la pulsión: el síntoma o la creación. Así, el tema que nos convoca en esta ocasión tiene dos valores: el sintomático, en tanto el totalitarismo es una posibilidad ominosa en nuestro futuro inmediato, y el creativo, en cuanto pensar qué tiene que decir el psicoanálisis y los psicoanalistas frente a aquél.

Pensar el totalitarismo como síntoma tiene que ver con el ruido creciente que lo público viene haciendo dentro de la práctica analítica y la metamorfosis de categoría marginal en algo central y no retraducible a la dinámica proyección-introyección con la que habitualmente se despachaba el asunto cuando aparecía sobre los divanes. La historia reciente de nuestro país reclama, a mi entender, la conversión del psicoanálisis en un bien público. Cosa que lo es, aunque el público no lo sepa. Aunque la especificidad del psicoanálisis tiene que ver con la intimidad, es una práctica de lo único, de lo irrepetible de cada cual, también es una forma de abordaje de lo hu-

¹ Miembro asociado de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

mano y es especialmente necesario cuando las claves de aquello que nos humaniza amenazan con desaparecer del escenario común. Visto así, haré énfasis en algo que vengo haciendo cotidianamente: la construcción de lazos de transmisión entre lo individual y subjetivo, claves del ejercicio analítico, con el objeto común que es el país. Y especialmente con un país que viene experimentando el aumento continuado del totalitarismo como proyecto político y social, proceso que reclama, aunque no basta, una lectura sintomal para entenderlo.

Mi ponencia discurrirá sobre dos ejes: uno que trata de dar cuenta de algunos aspectos de lo acontecido con el psicoanálisis y los psicoanalistas en contextos autoritarios para reclamar la indisociabilidad de éste con el estado de derecho. Otro que se aproximará al totalitarismo como expresión de la perversión y que intentará dar cuenta, de manera incompleta, de los resortes internos del mismo. Y todo ello para reclamar la utilidad del psicoanálisis en lo público.

El psicoanálisis, los psicoanalistas y los regímenes de fuerza

En la historia del psicoanálisis, el encuentro con el totalitarismo ha sido un fenómeno recurrente desde muy temprano. El advenimiento del régimen nazi en Alemania confrontó brutalmente a los psicoanalistas con las dificultades del ejercicio en un contexto dictatorial. Con el calificativo de doctrina judía, el psicoanálisis y los psicoanalistas alemanes se vieron frente a la demanda de expulsar a sus miembros judíos y entregar la dirección de la sociedad psicoanalítica a un primo de Hermann Goering. Curiosamente, Freud aceptó esta imposición y el mismo partió al exilio poco tiempo después. Con este acto, la sociedad berlinesa no sólo perdió a sus miembros más brillantes, sino que inauguró la alienación de las verdades científicas a la ideología política imperante. En Argentina, muchos psicoanalistas tuvieron que repetir el camino de sus colegas alemanes, como también tuvieron que elegir con mucho cuidado a sus pacientes, en tanto éstos podían estar comprometidos en actividades calificadas como subversivas por los militares gobernantes. La práctica analítica en ese país sufrió un exceso de formalización, se teorizaba, se rizaba el rizo de los conceptos, pero sin relación ni conexión alguna con lo que ocurría en el espacio público. La ambigüedad, impuesta por la necesidad de supervivencia, provocaba que Arminda Aberasturi imprecara a sus colegas que iban a Brasil periódicamente a dictar clases. “No vayáis, ¿de qué sirve hablar de psicoanálisis en un país donde

todo el mundo tiene a alguien querido en la cárcel?” Pero ella había ido antes, y seguía yendo (Mannoni, 1980). No fue casual que en ese contexto la Asociación Psicoanalítica Argentina sufriera varias escisiones, algunas que gravitaron alrededor del marxismo y de la antipsiquiatría como ejes renovadores del pensamiento y praxis psicoanalíticas. En todo caso, alrededor de cualquier discurso que ofreciera la posibilidad de renovación y de conexión con la realidad circundante. Así, la historia muestra que al psicoanálisis le va mal cuando un sistema totalitario se implanta. La historia del psicoanálisis bajo dictaduras siempre es desgraciada. Puede sobrevivir, pero al costo de una profunda disociación. De convertirse en una práctica de cámara, de levantar una barrera infranqueable entre el ámbito público y el privado. Y la política del silencio y las concesiones ha mostrado ser desastrosa. Yo pienso que a los psicoanalistas nos concierne la democracia, si se quiere, por un interés profesional. Sólo en el marco de la existencia de un estado de derecho, de plena libertad de pensamiento y acción, el cumplimiento de la regla fundamental –“diga sin restricciones todo lo que cruce por su mente”– puede practicarse. En contextos dictatoriales esta invitación puede ser un completo contrasentido incumplible sin graves riesgos para la vida y seguridad tanto del analista como del analizando.

En Venezuela, estamos asistiendo a la creciente presencia de lo social y lo político dentro de nuestros consultorios. La violencia del paro petrolero, con sus consecuencias inmediatas en el traslado y en el aumento del desempleo, hizo que algunos se preguntaran, por ejemplo, en qué variables del contrato analítico se podían sostener o no en esas circunstancias. Otros han hecho algunos tímidos, insuficientes, ensayos de presencia en los medios de comunicación. Pero debo decirlo: aún somos muy conservadores, muy tímidos en eso de interesarnos por lo público. Muchos analistas tienen una idea falaz de qué es lo que compete o no al psicoanálisis. Mientras tanto, los efectos del totalitarismo empiezan a reventar las puertas de los consultorios, con las listas Tascón y Maisanta, con la enmienda Accoyer en Francia, o el proyecto de ley de salud mental en nuestro país. Esto ha motivado a buscar una declaración de apoyo de los presidentes de FEPAL respecto a los riesgos que se ciernen para el ejercicio de la profesión. Pero hace falta más. Tenemos que entender que el psicoanálisis tiene un valor ciudadano, en tanto se opone a hacer súbditos. En tanto la práctica analítica busca poner de manifiesto aquello que es único de cada cual, se coloca en la acera de enfrente de la patología ciudadana que se expresa en el ciudadano protocolar, predicho, sin sorpresa ni contradicción. El psicoanálisis convoca a la palabra que rompe el uso predicho que es el protocolo. Y si esto queda reducido a las paredes

del consultorio, con los pacientes de cada cual, que son pocos, la posibilidad ominosa de que el totalitarismo se instale y perdure entre nosotros aumenta. El psicoanálisis es un bien público, lo es incluso en la acepción más pragmática de esta expresión: la de su posible incidencia en los gastos sociales y sanitarios... es un bien público, pero el público no siempre lo sabe. Invertir esta situación forma parte de nuestra responsabilidad y nos aboca a la acción política. O incidimos en lo real de nuestra civilización o quedaremos reducidos a una práctica exótica y elitista. O el psicoanálisis demuestra su utilidad pública o quedará como síntoma a colocar en las vitrinas de un museo.

El totalitarismo como discurso perverso

En función de lo anterior, me parece que el psicoanálisis queda suficientemente autorizado para incursionar en la comprensión del totalitarismo como una expresión discursiva particular y que puede adscribirse a la vertiente de la perversión. Si los conceptos del psicoanálisis sólo pueden probarse en la experiencia de la clínica, considero que sus premisas y conceptos no pueden dejar de aportar a la comprensión de lo social. Y esto por dos razones principales: en primer lugar, porque el sujeto –y el sujeto del inconsciente– está implicado en el acontecer social, aunque las ciencias sociales lo desconozcan sistemáticamente. Pero, si las ciencias sociales niegan la categoría de sujeto, el psicoanálisis erige la de lo social como constitutiva de una estructura caracterizada por la imbricación fundamental entre lo subjetivo y lo colectivo. En segundo lugar, porque en el discurso se ubica la articulación entre la subjetividad y lo transubjetivo. Es en el discurso donde se hace posible “leer” la estrecha imbricación entre el sujeto y el Otro (Lacan, 1954).

Me referiré al discurso social o político haciendo un uso de categorías aceptadas por las ciencias sociales, no así por el psicoanálisis que estudia la estructura de los cuatro discursos conocidos como el de la histérica, el del amo, el del analista y el del universitario. Con discurso social y discurso político me referiré a los discursos que se estructuran en las instituciones sociales y políticas, que se revelan generalmente a través de sus agentes y de la llamada “opinión pública”.

La inclusión del psicoanálisis en el estudio de estos discursos no evoca necesariamente la idea de que el discurso político o social *revele* la estructura del sujeto. Por lo contrario, lo que en él se revela es *la ausencia de sujeto*,

la cobertura a través de lo simbólico, de todo lo que constituye el orden de la subjetividad y de lo inconsciente. Si, como dice Lacan, en el acto analítico el sujeto está subvertido, las ciencias sociales constituyen el espacio discursivo privilegiado en el cual se expresa su exclusión. Y esto porque el mismo discurso está sometido a leyes según las cuales en toda sociedad se controla, selecciona y redistribuye su producción por mecanismos cuya función es la de conjurar poderes y peligros, y esquivar su “temible materialidad” que suele radicar en el deseo.

En este sentido, el totalitarismo, sea de derecha o de izquierda, responde a una estructuración perversa de la discursividad, en la que otro se constituye en una única verdad, coagulada, indiscutible, un “fetiche negro” y congelado como lo describe Lacan. Lo perverso en el discurso social y político —o, mejor dicho, los rasgos perversos de esos discursos, ya que no se trata necesariamente de un sujeto perverso que habla— tiene un lugar en el concepto de la “voluntad de verdad” de la que escribe Foucault (1986). Dice este autor que en la antigüedad el discurso “verdadero” era aquel pronunciado por quien tenía el derecho y el poder de hacerlo, y según un ritual requerido. Si bien a través de la historia el poder del sujeto ha sido reemplazado por el contenido del enunciado y su referente, la voluntad de verdad aún se enmascara en el saber y en todo el soporte institucional en el que ésta se apoya. La afirmación que hace Foucault acerca del desplazamiento de la enunciación por el enunciado —desde el punto de vista lingüístico— es dudosa, y pienso que en ello radica la persistencia de la voluntad de verdad a través del desarrollo de las ciencias.

La imposición sutil de la voluntad de verdad, por estar condicionada y a la vez determinada por el poder, excluye la participación discursiva del otro, por lo menos si éste no se ha adherido a la “verdad”. Porque voluntad de verdad y poder están en relación; los rasgos perversos del discurso, los de la partición subjetiva del otro se articulan a los discursos políticos como si estuvieran dotados de pleno derecho. La partición del otro aparece entonces como constituyendo una racionalidad que se sostiene en las disciplinas —la economía, el derecho, la política y sus herramientas— para imponerse y aparecer como incuestionable. Algo de esto nos recuerdan las insistentes afirmaciones de hombres de Estado contemporáneos sobre la “necesidad de aceptar el sacrificio”, o la de “no poner en riesgo la seguridad jurídica de la nación”. El político se erige en el agente de un discurso en el que prima una voluntad de verdad sostenida en una justificación jurídico-institucional, y en una voluntad que es de goce del Otro, como llevados a promover lo que Lacan menciona como “goce de los ricos”: “la seguridad del goce de los

ricos en la época en que vivimos está sumamente incrementada por lo que llamaría la legislación universal del trabajo”.

Entendido así, el totalitarismo es una manera de hacerse presente la perversión, y en la cual el saber, todo el saber, está encarnado en el líder, el jefe, el conductor, el padre de la nación. En los totalitarismos, como en la perversión y la castración, el no saber está elidido y el goce proviene de otro absoluto, muchas veces racionalizado a través de las instituciones y la ideología. La seducción que provoca el totalitarismo es la proveniente del fantasma perverso que promete una sola verdad en lugar del trabajoso esfuerzo de poner las proposiciones en relación unas con otras. El totalitarismo es el exilio de la relatividad en aras de un enunciado único, oracular, proveniente del jefe máximo. Por ello no es casual que los dictadores hablen tanto, muchas veces para decir muy poco. Es la perorata interminable en busca de dar cuenta de todo, para no dejar lugar al cuestionamiento, a la colocación de las ideas en posición de trabajo.

En el caso de nuestro país, el avance totalitario tiene que ver con una oferta de relevar a los individuos de pensar el país por parte del Estado. Es la oferta perversa, de asumir el goce sin dar lugar a cada cual para saber de él. Y, en este sentido, nuestro autoritarismo incipiente comparte con todos los demás la fantasía y la necesidad de construir un sistema paranoide donde pueda detectarse la disidencia, la otredad, casi antes de que ocurra. Es el caso del concepto de la “peligrosidad predelictiva” que hay en Cuba, como el de tantas disposiciones de seguridad nacional que necesitan los regímenes dictatoriales para abortar el surgimiento de la disidencia.

Este avance, esta oferta de relevo, fue saludado por muchos en sus inicios, por lo que hay que pensar que la seducción perversa cala más de lo que muchos están dispuestos a admitir. Resulta interesante admitir que ese apóstata llamado Erich Fromm (1976) tenga razón en el sentido de la intersección fecunda entre el psicoanálisis y las ciencias sociales.

Y también, para terminar, resulta fundamental rescatar la ética del psicoanálisis, en cuanto a ayudar a los súbditos a rescatar su lugar de ciudadanos. Nos toca a los psicoanalistas ir al encuentro de la polis, porque ya sabemos de qué manera desgraciada el totalitarismo nos encuentra. Y quien no puede recordar su historia se condena a la constante repetición.

Bibliografía

FROMM, Erich (1976). *Ética y psicoanálisis*. México: FCE.

FOUCAULT, Michel (1986). *Historia de la locura*. Buenos Aires: Paidós.

LACAN, Jacques (1985). “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos 2*, México: Siglo XXI.

_____ (1985). “El seminario I”, en *Los escritos técnicos de Freud*, Barcelona: Paidós.

MANNONI, Maud (1980). *La teoría como ficción*. Barcelona: Crítica.